

## PRESENTACIÓN

Los textos aquí reunidos tienen por tema marco el de *Cuerpo y Alteridad*. En algunos casos están revisados y con pequeñas modificaciones, pero todos ellos forman parte de los que fueron presentados en el VIII Congreso de la Sociedad Española de Fenomenología celebrado del 25 al 28 de octubre de 2006 en la Universidad de Valencia.

Antes de entrar en este tema, quisiéramos recordar la satisfacción y honda alegría que para la Sociedad Española de Fenomenología representó el que ese VIII Congreso se hubiese celebrado expresamente en memoria y homenaje al profesor Fernando Montero Moliner, quien durante muchos años fue catedrático en la Facultad de Filosofía de Valencia y, desde su fundación en 1988, presidente honorífico de la Sociedad Española de Fenomenología. Entre las actividades principales del Congreso se organizó una mesa redonda para recordar a Fernando Montero y para rendirle nuestro sentido homenaje. Siempre permanecerá en la memoria de muchos de los miembros de la SEFE el afán con que Fernando Montero, acompañado casi siempre por su esposa e inseparable compañera, Carmen Bosch, participaba los sábados por la mañana en nuestros seminarios, en el Edificio de Humanidades de la UNED, en Madrid, cuando nos reuníamos para hablar sobre el tema de fenomenología que en aquel momento tuviésemos entre manos. Su carácter afable, dialogante, sencillo, de extraordinaria humanidad y evidente sabiduría, perdurará en nosotros como el mejor modelo a seguir.

Cuando en Mayo de 2004, en Salamanca, mientras transcurría el VII Congreso Internacional de Fenomenología, sobre *Interculturalidad y conflicto*, se planteó la idea de que el tema del VIII Congreso de la Sociedad Española de Fenomenología fuese el de *Cuerpo y alteridad*, estábamos, entre

los asistentes a la Asamblea de la Sociedad, eligiendo un tema de una actualidad y de una trascendencia creemos que casi incomparables —dos auténticos ejes de la cultura actual, y no sólo del pensamiento en los intramuros académicos, sino de la sociedad contemporánea en su conjunto, en todas sus manifestaciones. Sería imposible siquiera resumir todas las aportaciones que en torno al tema del cuerpo había habido en esos años. Tan sólo recordaremos cómo en esa última década que precedió al congreso de Valencia habían aparecido en nuestro país múltiples estudios centrados en el problema filosófico y especialmente estético del cuerpo. Nos vienen rápidamente a la memoria, en orden cronológico, el muy inquietante estudio de José Miguel García Cortés sobre *El cuerpo mutilado (La angustia de muerte en el Arte)*, de 1996; el volumen monográfico colectivo que editó el Departamento de Estética de la Universidad de Sevilla, dirigido por el prof. Romero de Solís, en 1999, titulado *Variaciones sobre el cuerpo*, y otro más, editado en 2002 por la UNED, por los profesores María del Carmen López y Jacinto Rivera titulado *El cuerpo. Perspectivas filosóficas*. Ese mismo año de 2002 se publicaba *La nueva carne. Una estética perversa del cuerpo*, editado por Antonio José Navarro. De un año posterior —2003— son los estudios de Juan Antonio Ramírez, sobre *Corpus solus. Para un mapa del cuerpo en el arte contemporáneo*, y de Pere Salabert, *Pintura anémica, cuerpo suculento*. Al poco, en 2004, publicó Pedro Cruz Sánchez su valioso y denso estudio sobre *La vigilia del cuerpo. Arte y experiencia corporal en la contemporaneidad*. También ese año David Pérez recogía textos diversos bajo el título de *La certeza vulnerable, Cuerpo y fotografía en el siglo XXI. ¿Quién da más?* Fuera de nuestras fronteras, en el año 2000 aparecían los estudios cruciales de Michel Henry, *Encarnación. Una filosofía de la carne*, y Jean-Luc Nancy, *Corpus*. No es necesario proseguir.

Así pues, el cuerpo *estaba en ese momento por todas partes*. Y —¡quién no lo sabe!— todavía mucho más hoy. Y cómo no, no menos estaba también en todas partes la alteridad. Esto, dicho así, parece una solemne obiviedad o una necia verdad de perogrullo. Pero cuando se dice que el cuerpo *está por todas partes* es porque, sin duda, nunca antes en la historia occidental había sido *objeto y tema* tan polémico y —diríamos— tan venerado

como en la actualidad. Así que, cuando se dice que el cuerpo *está por todas partes*, lo que se quiere decir es que el pensamiento sobre el cuerpo, la imagen del cuerpo, la ideología del cuerpo, el norte del Cuerpo, su derecho y su revés, su poder y su gloria, su cumbre y abismo, su mercado..., y también su laberinto, se han convertido absolutamente —con expresión orteguiana— en *tema de nuestro tiempo*. Tema prioritario y protagonista, desde hace muchos años. Si ya Ortega y Gasset hablaba en 1930 de la importancia, a su juicio excesiva, que estaba cobrando el cuerpo, no es necesaria sagacidad especial alguna para imaginar a Ortega al ver y constatar cómo el Cuerpo se ha ido infiltrando o expandiendo en los entresijos —y a las claras, sin duda— de nuestro pensamiento e imaginario, de nuestros proyectos, obsesiones, afanes y deseos, miedos, manías, fobias y complejos —incorpórense aquí todas las turbulencias psíquicas de los sujetos contemporáneos que se quiera—..., hasta ocupar una posición preponderante nunca alcanzada hasta el momento presente.

*Cuerpos por todos lados*, decíamos. Ciencia, estética, ética, psicología de los cuerpos. Y podríamos seguir. De la mesa del quirófano —ya fuese para un trasplante de hígado, un implante mamario de silicona o un trasplante de cara— hasta los cuerpos del expansivo imaginario erótico y pornográfico, pasando, lógicamente, por aquellos cuerpos más visibles que nunca en Occidente —a pesar de las mujeres con burka, y gracias a su ocultamiento, se tornan rápidamente polémicos en nuestros espacios públicos—; desde las imágenes de las montañas de cadáveres en el momento de la liberación de los campos de concentración —después de todo, no hace tantos años de eso—, hasta las imágenes de los cuerpos acosados por la obesidad mórbida o de aquellos otros, esqueléticos, devastados por la anorexia; desde los cuerpos más lozanos hasta aquellos cuerpos de cadáveres cuyas piezas se dejan vender, y a qué buen precio, en el mercado negro de órganos; desde los cuerpos experimentales del accionismo vienés de los Brus, Mühl, Nitsch o Schwarzkogler, de los años 60, hasta aquellos otros cuerpos mutantes de Orlan o los cuerpos biomecánicos de un Sterlac o Antunez... hasta llegar al límite de los cuerpos de los que no podría asegurarse a ciencia cierta que fuesen cuerpos "humanos", y al fin, por fin, hasta la pregunta sobre qué es

“cuerpo” o qué es “alma”, y —como en aquella cuestión spinoziana que luego se hizo tan famosa— la pregunta “por lo que puede un cuerpo...”.

Decíamos: *Cuerpos por todos lados...* y parece como, si al decirlo así, todo fuese fácil. Pero no lo es. No es fácil de ninguna de las maneras y bien que lo sabe el método y la filosofía del siglo XX que sin duda alguna más atención prestó a nuestra *encarnación* y a esa unidad psicósomática o psicofísica que somos. De Husserl a Michel Henry, pasando por Sartre y Merleau-Ponty, pero también por un Lévinas o por un Richir, nos referimos, sin duda, a la fenomenología y a su deuda incondicional con la descripción y la positividad incontrovertible —y no por ello un ápice menos compleja— de la experiencia vivida de estos cuerpos; cuerpos que no es que “tengamos” —no cuerpos-cosa ni cuerpos-objeto—, sino que son cuerpos vividos; cuerpos no de nuestra exterioridad, sino de nuestra interioridad, cuerpos con los que nos vemos y tocamos a nosotros mismos y entre nosotros, y que hacen mundo de continuo y que, en efecto, se desenvuelven a veces con dificultad entre mecánica y vivencia, entre cosa físico-material y organismo vivo, entre víscera y sentido.

Cuerpos —insistiremos una vez más en ello— por todos lados: presencia inmensa, abusiva, exhaustiva de cuerpos. Cuerpos, en honor al tema de nuestro congreso, de la *Alteridad*: cuerpos de los que se aman y maltratan, cuerpos que consumen y se consumen y circulan, cuerpo de mujer, cuerpo de niño —incluso de feto—, cuerpo de anciano, cuerpo de enfermo —incluso de moribundo—..., cuerpo de los y las que trabajan con su cuerpo —fuerza de trabajo, objeto de consumo—, y cuerpos de los que vienen de lejos, de colores y rasgos diversos. Alteridades por doquier. Y en todas se insinúa un idéntico desafío: el de la exigencia de conocimiento y respeto a los cuerpos; porque ya sabemos —como nunca se supo con tanta precisión y lucidez— que la alteridad se detecta en las resistencias que opone, en los retos que lanza, en las irreconciliaciones... No sólo *mi* cuerpo, sino *nuestro* cuerpo, si pudiéramos compartirlo entre todos y que cuando hablásemos del “cuerpo social” no fuese un *flatus vocis*, *nuestro* cuerpo será, es, de todos, de *entre todos*.

*Cuerpo de la alteridad*, decíamos hace un momento. Y ahora deberíamos añadir: *alteridad del cuerpo*. No, no se trata del ya conocido juego de palabras entre cuerpo de la alteridad, alteridad del cuerpo. Decíamos —y lo repetiremos una vez más (y esta vez, por última vez)—: cuerpos por todos lados; y parece fácil, pero no lo es. Cuando, comentando a Leibniz, dice Gilles Deleuze, "...debo tener un cuerpo porque hay algo de oscuro en mí", qué cierto es eso: que tenemos —y bien que lo sabemos— nuestros cuerpos, estos que sentimos, que nos vemos, que gozamos y sufrimos, que nos arreglamos, que cuidamos, que disciplinamos, los cuerpos que dicen que estamos aquí o allí, tu cuerpo y el mío; y a veces recordamos los otros cuerpos, estos extraños que llevamos aquí, no junto a nosotros, sino *en nosotros mismos*. Cuerpos *extraños* con una extrañeza que a veces —todos los sabemos— atemoriza, y mucho, pensar, pues de ella procede el dolor, la enfermedad y la muerte. Nuestra constitución quiso que ese cuerpo que nos es tan próximo e íntimo, nos fuese ajeno, que se mantuviese anónimo y oscuro, que cada uno fuese incapaz de reconocer su bazo o su propio corazón o el funcionamiento del riñón o la progresión de la osteoporosis. Conocemos a la perfección nuestras manos y pies. Nos reconocemos en ellos, en nuestro cuerpo "exterior" sensible. Pero, ¿qué haremos con nuestras vértebras y nuestra pelvis, con nuestro intestino delgado o con nuestra traquea? ¿cómo trataríamos con la vejiga o el páncreas...? Y, ¿no han tenido algunos la tentación de decir de *Eso* —o de *Éste*— que es nuestro cuerpo único y verdadero? No, no hay apenas *cara a cara* con este cuerpo extraño; no hay apenas diálogo posible, hasta la fecha, sino una especie de abismo, de discontinuidad insalvable. De esto también habremos de hablar.

En fin. Eran sólo unas pocas ideas. Hemos querido homenajear —de ello daba testimonio la ilustración del que fue el cartel del congreso— al "cuerpo múltiple". Allí estaban, en un modesto pero elocuente panorama, el cuerpo encogido, replegado sobre sí, del feto, aún sin mundo, y los cuerpos entrelazados de los que luchan, y el cuerpo en actitud de diálogo, y el fragmento/vientre, en una misteriosa penumbra, y el esqueleto radiografiado, y el maniquí de un cuerpo de mujer convertido sádicamente en sillón por Allen Jones en un gesto completamente ambiguo, hasta que al final aparecía una

bujía. Era, sí, en efecto, el paso del feto a la bujía, del cuerpo en gestación a la *techné*. Pero lo interesante era el título de este cuadro —pues se trata de un cuadro— de Francis Picabia. La bujía, con su capacidad de encendido, se refería también al cuerpo. Picabia lo tituló “Joven americana en estado de desnudez”. En el *entretanto* del devenir que reflejaban las imágenes, el cuerpo había pasado desde aquel feto a una bujía. El cuerpo había perdido su compostura, y su figura, y hasta su propia carne —hasta el punto de que ya no sería tan fácil saber *qué es* un cuerpo y *qué cabe esperar* de él y en qué experiencias y discursos tiene aún cabida legítima.

Estamos, pues, convencidos de que, en los textos aquí reunidos, los lectores y lectoras encontrarán pistas más que suficientes para pensar nuestra experiencia del cuerpo y de la alteridad y, con ella, a la vez, nuestro propio tiempo. Nunca podrá agradecer la filosofía contemporánea suficientemente a la Fenomenología lo que ésta aportó al conocimiento de nuestro cuerpo vivido, la relevancia que le concedió. A fin de cuentas —cuánto nos enseñó Merleau-Ponty al respecto— nuestro cuerpo es el órgano de todas esas percepciones que hacen posible nuestra apertura al mundo y nuestro conocimiento de nosotros mismos, la clave más originaria de nuestro vínculo al mundo e incluso de nuestra reflexividad de vivientes.

El monográfico que presentamos consta, en primer lugar, de las conferencias inaugural (Javier San Martín) y de clausura (César Moreno) del Congreso, así como de las ponencias que se leyeron, ordenadas todas por orden alfabético; en segundo lugar, de las comunicaciones leídas, convenientemente corregidas y preparadas para esta publicación.

Jesús Conill, César Moreno y M<sup>a</sup> Luz Pintos